

categoría de representante de todo un grupo, género ó subgénero (*Melithæres*), sino porque se distingue tanto por su coloración como por su género de vida. El color dominante de su plumaje es escarlata oscuro, algo más en las rémiges y la cola, y más claro en la cabeza y el pecho. La rabadilla, así como las tectrices superiores é inferiores de la cola, son azul turquí; el tinte de la garganta es en la parte inferior de un verde azul oscuro y como borrado, y una faja ancha que hay sobre la línea naso-ocular hasta la región de la oreja, es negra. Las rémiges tienen puntas negras y anchas, y las primeras además antes una faja de verde azulado oscuro, estando todas orladas de color de orin tirando á canela en la raíz de las barbas interiores. El ojo es escarlata encendido como en los demás abejarucos; el pico negro y el pié gris pardo. Su longitud es de 0",34, la de las alas 0",15, la de las rectrices medias 0",19 y de las restantes 0",115.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Se ha observado el abejaruco nubio en los diversos países de la costa oriental del Africa, unas veces en gran número y otras aislado. Yo lo he conocido en el Sudan oriental como ave de paso ó bien errante. Se presenta en las regiones que he recorrido, desde los 15° latitud norte hácia el sur al principiar la estación de las lluvias y permanece allí hasta mayo, pero sin la regularidad que se observa en Abisinia, Taca, Kordofan y á lo largo del Nilo Blanco. Heuglin, que tenía mejor ocasión de observarlo, le encontró como habitante de todos los distritos cálidos desde las tierras bajas hasta una altura de 2,000 metros sobre el nivel del mar, á veces en bandadas de mil. Tiene una índole, si es posible, aun más viva y bulliciosa que sus afines, á los cuales por lo demás se asemeja no solo en su vuelo sino también en todo su carácter, como dice con mucha razón Heuglin. Durante las horas más calurosas del día se guarece en las matas y árboles que con frecuencia desaparecen literalmente bajo su inmenso número, ofreciendo tal muchedumbre un aspecto sorprendente.

La época del celo cae á principios de las lluvias de verano; y en los países de población negra colindantes con el Rio Blanco, en marzo y abril; en el Sudan oriental entre junio y agosto. Se encuentran las colonias de nidos tanto en las márgenes de los ríos como en los claros de los linderos de los bosques, y aun en los páramos, si bien no tan espesas entonces y á veces formadas solo por algunas parejas. Este abejaruco cava galerías muy hondas, en su mayor parte rectas, y cuya dirección es según las circunstancias, ya horizontal, ya oblicua. El compartimiento interior es más ancho y contiene sobre un lecho blando de hojas secas y yerba de tres á cinco huevos de forma ovoidea achatada, cáscara fina y lisa y de color blanco puro, que aparece rosado por la yema que trasluce al través de la cáscara. Hartmann asegura haber visto en una márgen arcillosa y escarpada más arriba de Senaar, «muchísimos miles de estos nidos enteramente inaccesibles» y «nubes de abejarucos» no me atrevo á contradecirle, pero creo que estos números son un tanto exagerados.

Realizada la cria, se vuelven á reunir los abejarucos nubios en bandadas más numerosas que antes y que pasan hácia los 16° latitud norte, cruzando muy particularmente los vastos páramos que les ofrecen abundante ración. Al alba se oye ya su llamada gutural y penetrante desde las matas y árboles donde han pasado la noche. Toda la tribu se levanta, vaga primero por acá y acullá aguardando que el sol haya secado el rocío y empieza luego la caza de insectos en las yerbas altas á lo largo del agua. Mientras el exuberante monte de yerba que cubre los páramos del Sudan abunde en insectos, encuentran los abejarucos, y con ellos otras muchas aves, fácilmente su ración diaria, pues viven casi exclusivamente de langostas.

Con frecuencia, al decir de Heuglin, se ve en el Kordofan á los abejarucos nubios posados sobre los bueyes, los asnos y á veces las cigüeñas, que se pasean majestuosamente en medio de las yerbas; y desde allí cazan las langostas que van levantando sus singulares monturas. Las atrapan, se las comen volando, y vuelven después á su observatorio móvil. Yo no recuerdo haber presenciado nunca tan singular espectáculo; pero si he visto, como Hartmann, al abejaruco nubio coger insectos en tierra, ó extraerlos de las grietas formadas por los ardores del sol; lo mismo que Heuglin, he observado también que el incendio de una estepa atraía á estas aves y á los falcónidos que se alimentan de reptiles, de serpientes y de insectos. Aun para el que no estudia las costumbres de los animales, el incendio de una estepa es un espectáculo imponente, más para el naturalista tiene un atractivo particular. A riesgo de incurrir en repetición, no puedo menos de detenerme un instante sobre este punto al hablar del abejaruco escarlata.

Cuando la sequía ha destruido toda vida vegetal, cuando las estepas, verdadero paraíso durante la estación de las lluvias, se trasforman en un inmenso páramo, llega un día de gran viento en que el nómada prende fuego á las reseca yerbas. Bien pronto estalla el fuego, violento y terrible; precipítanse las llamas en la llanura con el ímpetu del huracán; á lo lejos se extiende un mar de fuego; y elevase densa nube de humo, mientras que el cielo se enrojece con los vívidos resplandores de la conflagración. El fuego devora las yerbas, chamusca los árboles, destruye las lianas que le ofrecen nuevo pasto; á veces alcanza á una selva virgen, cuyos árboles consume, y á menudo llega hasta un pueblo y destruye las cabañas hechas de rastrojo.

Por rápida que sea la marcha del incendio, por numerosos que sean los materiales que le alimentan, jamás el animal ligero en la carrera perece entre las llamas; más á pesar de esto excita en todos una agitación y ansiedad sin igual. Dispersa á cuantos seres pueblan las altas yerbas, y todos huyen á medida que se acerca la línea de fuego. En medio de las manadas de los antílopes, poseídos de terror, se ve á los leopardos y otros carnívoros, que olvidan ante el peligro común su instintiva ferocidad: el león se levanta, ruga de cólera y espanto, y huye también como los demás. Los animales que viven bajo del suelo buscan un refugio en sus moradas subterráneas, dejando que pase sobre ellos el abrasado mar de llamas; pero los insectos y los seres que rastrean son presa del fuego; las serpientes no pueden escapar; los escorpiones, las tarántulas y las escolopendras son desde luego las víctimas predestinadas, pues aunque escapan del incendio, encuentran enemigos temibles, atraídos por aquel. Ya he dicho en otro lugar cómo acudían las rapaces para cazar delante de la línea de llamas; con estas aves se mezclan otras y entre ellas figura particularmente el abejaruco escarlata. Todos saben que el incendio les proporciona las presas de que se alimentan, y utilizan tan buena ocasión. Asombra ver su osadía, sobre todo en los más pequeños: desde las alturas se deja caer el abejaruco en lo más fuerte del incendio, vuela junto á las llamas, remóntase de nuevo, y desaparece un momento después en medio de torbellinos de humo. Heuglin dice que con frecuencia se queman las puntas de las alas y de la cola; yo no lo he visto nunca, pudiendo asegurar que vuela rozando las llamas y que causa admiración tanto arrojo, como el verle volver á elevarse sano y salvo.

EL ABEJARUCO ADORNADO—MEROPS ORNATUS

CARACTÉRES.—Esta ave tiene el lomo verde trigo; la parte superior de la cabeza, la nuca y las alas de un rojo par-

do; la parte alta del lomo y la rabadilla de un tinte azul turquí; el vientre verde berilo, la garganta de un amarillo vivo, separado del pecho por una faja negra oscura; la región anal es azul; la línea naso-ocular de un negro satinado, orillada inferiormente de azul celeste. Esta ave mide unos 0",20 de largo, el ala 0",11 y la cola 0",08 (fig. 73).

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Debemos á Gould la descripción de las costumbres de esta ave, descubierta por él en el sur de Australia y en la Nueva Gales del sur, donde es muy común, sobre todo en las orillas del río de los Cisnes.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Busca los bosques secos y de poca espesura, y está siempre posada sobre una rama muerta, desprovista de hojas, que le sirve de observatorio para la caza. Por la tarde se reúne con sus semejantes en la orilla del río, formando grandes bandadas de varios centenares de individuos. Todo es agradable en este alado habitante de los bosques, y por lo mismo se le aprecia universalmente en Australia; la belleza de su plumaje, su aspecto gracioso y sus airosos movimientos, llaman la atención de todos. Además es un mensajero de la primavera: llega á la Nueva Gales del sur en el mes de agosto para marcharse en marzo, es decir, á la entrada del invierno: entonces se dirige hácia el norte, y se ven considerables bandadas que recorren el norte de la Australia y las islas inmediatas, contándose algunas que anidan allí.

LOS NICTIORNITINOS—NYCTIORNITHINÆ

La familia de los merópidos se halla representada en la India no solamente por numerosos afines sino también por dos especies que difieren tanto del tipo general, que Cabanis ha creído deber formar con ellas una sub-familia particular.

CARACTÉRES.—Los nictiornis tienen el pico de mediana longitud, fuerte y encorvado, las alas medianas, con la cuarta rémige más larga que las otras; la cola larga, casi truncada en ángulo recto, y el plumaje blando y bastante rico; el cuello y el pecho están adornados de plumas erectiles de una forma particular.

EL NICTIORNIS DE ATHERTON—NYCTIORNIS ATHERTONII

CARACTÉRES.—El nictiornis de Atherton, ó *sangrok*, como le llaman los indios, tiene el lomo verde loro; el vientre amarillo isabela con rayas longitudinales de un verde aceituna, que pasa en las cobijas sub-caudales y sub-alares á un tinte orin isabela unido, y á azul de mar muy diáfano en el occipucio. Algunas plumas anchas y bastante largas que nacen en la región de la garganta son de un azul oscuro con filete más claro; las del pecho y demás partes inferiores presentan listas longitudinales de color amarillo orin isabela. Las remeras y rectrices miradas desde abajo son del mismo color por las orlas anchas de su cara inferior; el ojo amarillo intenso; el pico gris de plomo y negro en la punta; las patas de un verde oscuro. El ave mide 0",37 de largo por 0",47 de punta á punta de ala; esta tiene 0",14 y la cola 0",16 (fig. 74).

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Atherton envió á Jardine el primer individuo conocido de esta especie, diciéndole que vivía solitario en los bosques de bambúes del interior de la India, y que sus costumbres eran nocturnas: en presencia de estos datos se le dió el significativo nombre de *nictiornis* (ave nocturna), nombre cuya impropiedad debían demostrar los sucesivos observadores. Sabemos con efecto por Hodgson y también por Jerdon, que el *sangrok* habita

en los grandes bosques de las Indias, desde la llanura á una altitud de 1,000 metros sobre el nivel del mar.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—El nictiornis vive solitario en lo más sombrío de la selva, donde se le ve posado en una rama, desde la cual se lanza sobre los insectos que pasan á su alcance, para volver al mismo sitio después. Aliméntase de abejas, de las cuales destruye un gran número, avispas, coleópteros, langostas y otros insectos.

Jamás abandona la oscuridad del bosque, que corresponde perfectamente á su índole tranquila y quieta por no decir adusta. Jerdon dice que jamás ha oído su voz; pero Boys dice que la tiene muy singular y silvestre.

Al decir de Hodgson, se cogen á menudo individuos vivos en las grandes cacerías que organizan los rajás de las Indias; el ruido que hacen los cazadores les aturde de tal modo, según dicho autor, que se dejan coger con la mano. Boys asegura, por el contrario, que es muy difícil sorprenderlo, no porque sea cauto y receloso, sino porque en el bosque, donde establece su morada, abundan las rapaces de todo género. Esto explica la rareza de esta ave en todas las colecciones.

Nada se sabe respecto á su reproducción. Según los indígenas anida en árboles huecos.

A esto se limitan las noticias que he podido encontrar sobre un ave tan hermosa como rara.

LOS CORACIDOS—CORACII

Considéranse los corácidos como los más próximos congéneres de los merópidos; constituyen una reducida familia compuesta de más de veinte especies, propias del hemisferio oriental, distinguiéndose por su regular tamaño y por los vivos y variados colores de su plumaje.

CARACTÉRES.—Los corácidos son aves de talla bastante ventajada, y revisten un plumaje de vivos y variados colores. Tienen el pico bastante largo, fuerte, recto, un poco ensanchado en la base, comprimido hácia su punta, de bordes cortantes y el extremo corvo; los tarsos son cortos y débiles; los dedos pequeños; las alas de un largo regular y bastante anchas; la cola mediana, unas veces truncada en ángulo recto, y otras un poco redondeada ó con una ligera escotadura; las dos rectrices externas sobresalen á veces mucho de las otras. El plumaje es duro y basto; los tallos de las plumas rígidos y las barbas lisas y desordenadas. El verde, el azul, el pardo canela y el rojo vinoso son los colores predominantes. Las diferencias según la edad ó el sexo carecen de importancia.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Los países tropicales del antiguo continente son la verdadera patria de los corácidos; hay una especie que habita la Europa; pero las más viven en la zona ecuatorial. Africa y Asia cuentan con el mismo número de especies, poco más ó menos; en la Nueva Holanda se cuentan muy pocas.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Los corácidos buscan los parajes secos de las llanuras: son raros en las montañas y en los países muy fértiles. No se les puede considerar en rigor como aves silvícolas; encuéntrense en los bosques de poca espesura de las estepas de Africa, pero jamás en las selvas vírgenes. Buscan ante todo los grandes árboles aislados, las masas de roca y las casas deshabitadas, pues en los primeros pueden abarcar un vasto horizonte, y los agujeros ó grietas de las segundas les ofrecen sitios favorables para anidar.

Los corácidos eligen un punto culminante y aislado para posarse, y desde allí examinan todo su dominio. Si algún gran insecto pasa cerca de ellos, le atrapan al momento, como lo hacen los abejarucos y los papamoscas; cuando un

raton corre imprudentemente por el suelo, ó se deja ver un lagarto ú otro reptil cualquiera, caen sobre él y lo arrebatan; tambien se atreven á robar un nido de vez en cuando. En ciertas estaciones comen frutas; pero siempre prefieren el régimen animal.

«Todos los corácidos, dice Gloger, son aves inquietas y desagradables: una desconfianza extraordinaria, una prudencia mas que tímida, una viveza que no conoce el cansancio, una continuada alegría, una inclinacion particular á producir ruido y trabar peleas, y en los adultos una obstinada resistencia á la domesticidad, son los rasgos mas pronunciados

del carácter de estas aves. Nunca permanecen largo tiempo silenciosas; solo se ocultan por temor, jamás por gusto; prefieren permanecer en la copa de los árboles ó en la extremidad de las ramas secas.»

Apenas saltan ni en aquellas ni en tierra, y solo volando se trasladan de un punto á otro. Su vuelo es vivo, rápido y sumamente fácil; ejecutan mil habilidades notables en los aires: su voz es dura y desagradable. El nombre *rake* que se le da en Alemania es casi una onomatopeya.

Los corácidos no permanecen fijos en una misma localidad sino cuando les retienen los cuidados que deben prodi-

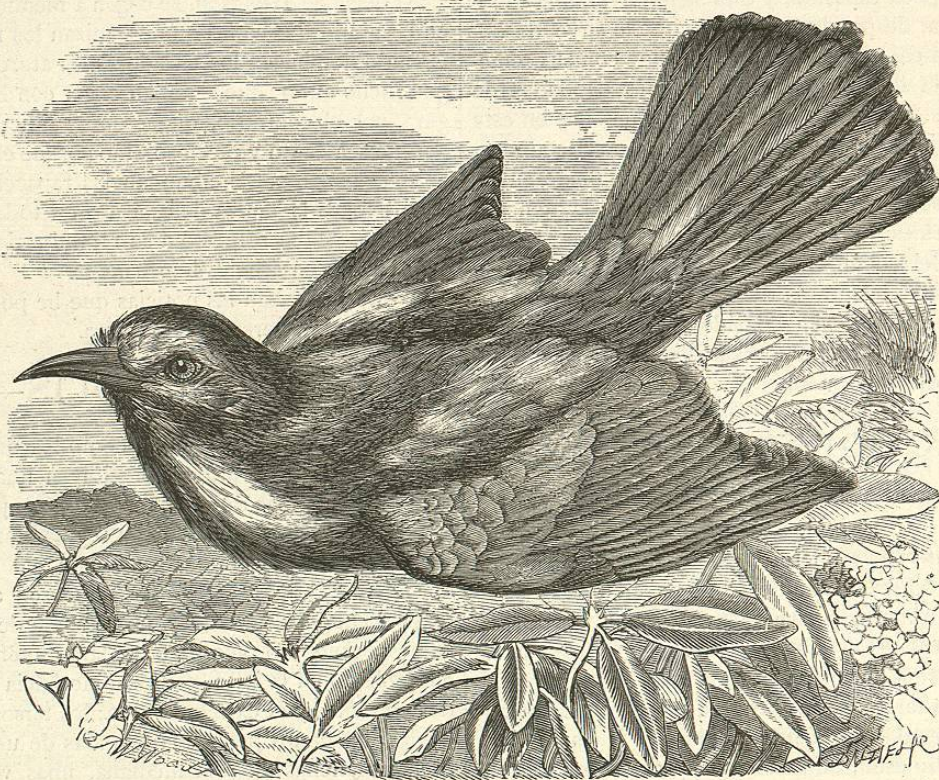


Fig. 74.—EL NICTIORNIS DE ATHERTON

gar á su progenie; en todo el resto del tiempo vagan por el país. La especie que vive en el norte emigra todos los años; pero llegado el invierno, en vez de permanecer en un mismo sitio, viaja de continuo y franquea, sin necesidad aparente, grandes espacios, como lo hacen las especies de los países tropicales. Estas aves construyen su nido en diferentes sitios, pero siempre del mismo modo: en nuestros países, el vulgar anida en los troncos huecos. Se ha visto que todas las demás aves de la misma familia tenían tambien esta costumbre; pero sábase ahora que utilizan con mas frecuencia, para formar su nido, las grietas de los muros y de las rocas y los agujeros abiertos en los ribazos arcillosos. En cuanto al nido, redúcese á una tosca masa de briznas, raíces, pelos y plumas. Cada puesta consta de cuatro á cinco huevos de color blanco muy puro; macho y hembra los cubren alternativamente, y comparten la tarea de criar á los hijuelos, desplegando el mayor celo en su cometido, por lo menos mientras no se trate de cubrir los huevos ó dar de comer á la progenie. De lo demás se cuidan muy poco, y ni siquiera se ocupan en conservar la limpieza del nido, dejando que se transforme al fin en una masa de inmundicias. Los hijuelos no tardan mucho en declararse independientes; poco tiempo despues de haber comenzado á volar, cada cual marcha por su lado, sin inquietarse por sus padres ni por sus semejantes.

Sin razon se ha dicho que la sociabilidad era una cosa enteramente desconocida entre los corácidos, pues así en los que viven en estado libre, como en los cautivos, ha podido observarse que tan solo rechazan aquello que se opone á la satisfaccion de sus necesidades. Si bien no puede negarse que á causa de la imposibilidad de juntarse, traban entre sí las diferentes parejas reñidas contiendas en torno de los árboles ahuecados, no es, sin embargo, menos cierto que estas aves viven en buena armonía y llegan hasta á formar verdaderas colonias en las paredes de los peñascos, tapias, muros viejos, edificios abandonados, etc., donde vinieron á albergarse. En sus emigraciones se reúnen tambien en numerosas bandadas, cuyos individuos se diseminan ocupando una vasta extension de territorio para poder así encontrar mas fácilmente el indispensable alimento. Los corácidos son mas voraces que los merópidos; de ahí la necesidad de ocupar un área mas extensa donde poder efectuar su caza y saciar su apetito; únense, sin embargo, como otras aves de su familia cuando no son un obstáculo para ello el celo ni el hambre. Muéstranse aun mas sociables que los merópidos, ya que en aquellos sitios donde se reúnen varias especies de corácidos, especialmente en la India, júntanse estas unas con otras, siendo las citadas uniones no menos frecuentes que las que tienen lugar entre nuestros cuervos y cornejas. Aunque no

han podido hacerse sobre el particular muchas observaciones, no obstante se ha notado que los mestizos que resultan de tales uniones, muestran claramente su origen, presentando los rasgos característicos de nuestra especie indígena y de los de las Indias.

CAZA.—Estas aves son objeto de numerosas persecuciones á causa de la belleza de su plumaje y de su carne jugosa. En Alemania, todo campesino se cree con derecho á tirar sobre estas singulares aves; en el mediodía de Europa se organizan contra ellas cacerías regulares. Los corácidos adultos deben temer además las acometidas de los falcónidos de toda especie, y los pequeños las de los carnívoros trepadores.

El cultivador que mira por sus intereses, hace muy bien en protegerlos: podrá ser que de vez en cuando se apoderen de alguna avecilla; pero este daño queda suficientemente compensado con las ventajas que reportan por otra parte, no siendo cierto que destruyan los nidos de otras aves, segun he podido coleccionar de las observaciones practicadas en individuos que por largos años he mantenido en cautividad en compañía de varios pájaros. Acúsase tambien á los corácidos de comerse el trigo; dicese que se tragan espigas enteras y que por esto se posan en las hacinas de trigo; pero tampoco es ello cierto, ya que se colocan en ellas tan solo para poder observar mejor los alrededores.

Despues de cuanto se ha observado respecto de estas aves, se puede afirmar, sin temor de incurrir en error, que son animales útiles y constituyen con el brillante color de su plumaje el ornato de la region que habitan, no recreando menos la vista del pasajero con las caprichosas evoluciones que describen en el aire, por todo lo cual, no solo debiera protegerseles contra la persecucion de los cazadores, sino que se debiera dejar á su disposicion los escasos troncos de árboles huecos, donde pueden hallar abrigo, y hasta procurarles una morada, colgando espaciosas cajas, á fin de lograr así retenerlos en el país. Se conseguiria indudablemente esto último, si en vez de las cajas que se han construido recientemente y que á pesar de lo mucho que se las ha elogiado no sirven para el objeto arriba dicho, se prepararan troncos huecos, los cuales, despues de haberlos sujetado á una altura conveniente á árboles viejos aislados, sirvieran á estas aves para construir en ellos sus nidos.

Si por semejante medio se consigue atraer á los mergos, ¿por qué no podria recabarse otro tanto de los corácidos, los cuales abandonan un país, que les ofrece condiciones favorables, no por otro motivo sino porque se les expulsa de sus moradas sin consideracion alguna? Cualquiera que haya observado de cerca á estas aves, no puede menos de cobrarles algun cariño y hacer algo en favor de las mismas.

CAUTIVIDAD.—Difícil es, por desgracia, conservar estas aves cautivas: los adultos no pueden vivir en jaula, y en cuanto á los pequeños, exigen los mas solícitos cuidados para acostumbrarles á la pérdida de su libertad. Por otra parte, no son aves divertidas; permanecen silenciosas en el mismo sitio, ensucian su plumaje y no saben hacerse querer de su amo, excepcion hecha de las cogidas en su nido cuando pequeñas, las cuales se distinguen por su viveza y son en extremo graciosas.

LOS CORACIAS—CORACIAS

CARACTERES.—Este género, al que pertenece la especie europea, que consideramos como tipo de la familia, presenta los siguientes caracteres: el pico es de mediana extension, recto, fuerte, ancho en la base, de arista ligeramente encorvada y la punta ganchuda; los tarsos mas cortos que el

dedo medio; la segunda rémige es la mas larga de todas, y la cola igual, pues las rectrices externas no se prolongan mas que las otras.

EL AZULEJO—CORACIAS GARRULUS

CARACTERES.—El coracia vulgar ó azulero, como vulgarmente se le llama en Castilla (*coracias toquax* y *viridis*), tiene un plumaje magnífico. La cabeza, cuello, vientre y cobijas son de un color azul celeste que tira á verde; las plumas que aparecen sobre las fosas nasales, en el ángulo de la boca y en la barba, blanquecinas; las pequeñas cobijas del antebrazo y las de la parte superior é inferior de la cola, de azul ultramar oscuro; las del lomo y de las espaldas de un pardo canela; las rémiges posteriores del brazo son del



Fig. 75.—EL AZULEJO COMUN

mismo color, mientras las restantes lo tienen negro que tira á azul oscuro, con la mitad basilar de las barbas exteriores de azul celeste; las de la mano ó primarias presentan tambien la base de este último color, con el resto negro; las pennas son generalmente de un azul oscuro en su cara inferior; las dos rectrices del centro de un tinte gris pardusco sucio; las demás de un azul celeste oscuro, teniendo las barbas interiores un color azul oscuro en su mitad y un azul claro cerca de la punta. Machos y hembras ofrecen una misma coloracion; esta es menos brillante en los pequeños, los cuales se distinguen además por tener la parte superior de la cabeza, la nuca y el vientre de un verde gris; el lomo pardo canela opaco; la cola de un verde azul pálido, mientras el resto del plumaje se asemeja al de los padres. Esta ave mide de 0^m,30 á 0^m,32 de largo, y de 0^m,70 á 0^m,72 de punta á punta de ala; esta tiene 0^m,20 y la cola 0^m,13.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—El azulero se ve en todos los puntos de Europa al sur de Escandinavia; pero su área de dispersion se extiende mucho mas allá, pues en sus viajes recorre toda el Africa y todo el sur del Asia. Radde no le encontró en la Siberia oriental; sin embargo se le halla en todo el centro de Asia, desde el sur del Altai hasta Cachemira y region septentrional de la India, y anida además en el Asia Menor, Persia y noroeste del Africa. No se la ve sino muy raras veces en Inglaterra, Holanda, Suecia, Finlandia y norte de Rusia: parece que no hace mas que atravesar por la Suiza y el norte de Francia en sus emigraciones.

En Corfú aparece muy abundante en la época de sus emigraciones; pero las bandadas permanecen allí poco tiempo; solo algunas parejas anidan en la isla ó en el continente próximo. En Malta es comun durante el otoño y la primavera,